

"El hombre es prisionero a lo largo de siglos, de climas, vegetaciones, poblaciones animales, cultivos, de un equilibrio lentamente construido, del cual no se puede alejar sin el riesgo de alterarlo por completo"

Fernand Braudel

En la historia de la humanidad el desarrollo del conocimiento siempre ha sido precedido, en primer lugar, por un proceso de acumulación. Su vehículo privilegiado ha sido el lenguaje, y la memoria colectiva su depositaria. Que se trate de normas de conducta para la sobrevivencia en el neolítico, de técnicas de fabricación de objetos en metal, de preceptos religiosos, o de conceptos básicos de mecánica cuántica, todos los conocimientos son conservados en ella. La memoria colectiva preserva, hace posible y enriquece la vida social. De la mnemotecnia a las supercomputadoras, la manera en que se mantiene ésta se ha modificado a lo largo del tiempo.

Sin embargo, el movimiento de acumulación del saber siempre es interrumpido por abruptas rupturas, las cuales han ocasionado el resquebrajamiento de sistemas de conocimiento tan complejos como el de los egipcios o el de los mayas. Estas rupturas han tenido diversas causas. Se habla de la rápida desaparición de algunas civilizaciones, de lentas decadencias, inexplicables ocasos, y de invasiones, entre otras. En estos diversos procesos, el destino del saber acumulado ha variado, se ha retomado por nacientes culturas en ciertos casos, perdido para siempre en otros, a veces fusionado, y con frecuencia mantenido latente de manera subterránea.

En esta historia, el conocimiento ha perdurado o desaparecido por razones externas a él. Los matices de este fenómeno son infinitos, pero parece existir una constante: la lucha por el poder. Una civilización recién encumbrada olvidará que retomó de otra anterior los conocimientos que la sustentan. Podrá reconocer la importancia de algún aspecto en particular pero lo integrará a su propia concepción del mundo, aunque bien puede reivindicar una herencia tratándose de culturas más antiguas, contra las que no ha tenido que enfrentarse. Toda civilización se cree poseedora de la verdad y mira con desdén a la precedente. Esto es aún más patente en los casos en que una civilización se considera a sí misma como universal.

Una ilustración de esto puede ser encontrada en la historia de la Iglesia Cristiana, la cual se las tuvo que ver con los innumerables dioses y ritos paganos existentes en toda Europa. En su afán por constituirse en la única religión, la Iglesia cristiana va a retomar la antigua disputa entre el logos (conocimiento verdadero) y el muthos (fabuloso, ilusorio) que tuvo lugar entre los pensadores griegos y romanos. Los clérigos se presentan como los que rinden culto al dios verdadero, los intérpretes del libro que encierra la verdadera historia de la humanidad, en suma, los detentores de la única verdad. Persiguiendo así a todos aquellos que se oponen a ella, a los adoradores de dioses paganos, llegando a acusarlos de hechicería y pacto con el diablo, con sus consabidos castigos.

Los misioneros europeos tratarán de convertir a la "verdadera fe" a asiáticos y africanos. El llamado "descubrimiento" de América aumentó el número de almas

perdidas y la misma oposición entre mito y religión tendrá lugar en el escenario americano. Como lo señala Alfredo López Austin "los españoles creyeron encontrar al Demonio en este continente, y el supuesto descubrimiento de su enemigo fue uno de los apoyos ideológicos más eficaces para justificar la destrucción y el sojuzgamiento de los conquistados. Tras los dioses americanos quisieron ver una voluntad real, maléfica, cruel, distorsionadora de los sacramentos, que sujetaba a los infelices indígenas con la esclavitud de la falsa creencia. Según su intencionada visión, muchas generaciones atrás el Demonio había domeñado a los naturales, y ahora los cristianos aparecían como los libertadores. Bien podían cobrar en los cuerpos los beneficios a las almas. El mito indígena se convirtió en la prueba fehaciente de la presencia del Demonio".

Al igual que en la religión, la expansión europea va también a enarbolar su vocación "universal". Producto de una sociedad en la cual el conocimiento debe ser ante todo eficiente y práctico, la ciencia se impuso en todo el planeta por su superioridad material. Quinientos años después, esta forma de proceder no ha cambiado, y todo conocimiento no avalado por la ciencia es condenado como falso o mítico.

Cuando los europeos llegaron al continente americano, Mesoamérica conformaba una unidad cultural. Esta unidad, descrita por Kirchhoff en 1943, se caracterizaba por el uso de la coa, la construcción de chinampas, el cultivo del maguey, la molienda del maíz cocido, el uso de espadas de pedernal con hojas de obsidiana en los bordes, de turbantes y sandalias con talón. La construcción de pirámides escalonadas, los pisos de estuco y el juego de pelota. Escritura jeroglífica, libros en forma de biombo, anales históricos y mapas. Año de 18 meses con 20 días cada uno, combinación de 20 signos y 13 números formando un periodo de 260 días, y la existencia de ciclos de 52 años, entre muchas otras cosas. Esta unidad cultural también se manifestaba en la comunión de pensamiento, por lo tanto de los mitos.

En Los Mitos del Tlacuache Alfredo López Austin hace una revisión de los mitos mesoamericanos, demostrando su origen común y su persistencia hasta nuestros días. "...en el tiempo del mito, todavía no existían los hombres. Se está hablando entonces de los antepasados, de quienes dieron origen a los seres que ahora son: los hombres, los animales, las plantas, las piedras, el agua, el Sol, la Luna, la Tierra. Seres que, antes del proceso incoativo de la morada y del tiempo del hombre, tenían otras características, y éstas eran próximas a las humanas: eran como gente, hablaban como gente, tenían pensamientos y pasiones, porque eran personas. Eran seres a los que se puede señalar con su antigua naturaleza y con el germen de la existencia que tendrían sobre la tierra". Los mitos mesoamericanos retrazan así la historia de los hombres, explican por qué ahora éstos carecen de las cualidades que tenían antaño, cualidades que por lo general se encuentran en la naturaleza.

Sin embargo, una sociedad dividida en clases no puede tener una relación completamente armoniosa con su medio natural, como lo muestra la terrible deforestación ocurrida en Teotihuacán. Pero aun así, tantos siglos de experiencia, de saber acumulado por los propios pueblos, llevan, como lo dice Braudel al establecimiento de un cierto equilibrio entre la sociedad y la naturaleza. Es por ello que se le canta al agua, se venera al maíz, se adora al jaguar, y se hacen versos al colibrí. Este conocimiento acumulado durante tanto tiempo, se refleja en los mitos. Como lo dice nuevamente López Austin, "cada animal, cada fruto que el hombre aprovecha, provoca un planteamiento mítico independiente".

La llegada de los europeos a América irrumpió en la vida de los pueblos mesoamericanos rompiendo sus interrelaciones con el medio natural, al igual que las concepciones y conocimientos que las sustentaban, y la base material que las hacía

posibles. Aunque es cierto que el conocimiento que poseían los mesoamericanos llegó a producir gran asombro entre los conquistadores, la actitud de éstos fue la misma que para con la religión. La imbricación de los mitos con los ritos y el culto a los dioses, así como la función religiosa que cumplían los detentores del conocimiento, hacía imposible la separación de éste de la religión.

A nivel práctico, los conquistadores tampoco manifestaron una mayor amplitud de espíritu. Su horizonte cultural no les permitía ver otras posibilidades de uso de los recursos naturales que no fuera el cultivo de sus cereales y la engorda de sus animales. Esto fue la causa de la inmensa devastación del medio, y de la irreparable pérdida de un gran cúmulo de conocimientos, aunque en ocasiones la necesidad los obligó a aceptar la sabiduría de los mesoamericanos, como en el caso de la medicina.

Esta actitud de superioridad impidió la fusión de saberes, lo que seguramente habría dado origen a una civilización muy interesante. Sin embargo, la actitud de dominio no cambió con el paso del tiempo. Las persecuciones no cesaron y sólo la resistencia y la obstinación de los pueblos indígenas lograron mantener viva la memoria colectiva. Las prácticas productivas permitirían también la conservación de ritos y mitos. El resultado final fue un enorme sincretismo que perdura hasta nuestros días.

La persistencia de esta memoria histórica, con todas las transformaciones que haya sufrido, significa que sigue aún siendo una tradición viva. En muchas zonas de México los mitos se encuentran ligados a ritos y a procesos productivos. Su recuperación, con el fin de rescatar el conocimiento que contienen, lleva ya varios años. La posible existencia de una racionalidad ecológica ha dejado de ser una simple hipótesis.

"A lo largo de siglos, América Latina no sólo ha sufrido el despojo del oro y de la plata, del salitre y del caucho, del cobre y del petróleo: también ha sufrido la usurpación de la memoria", escribió Eduardo Galeano en *Memorias del Fuego*. En los mitos se encuentra buena parte de esta memoria colectiva, aún sin ser trastocada por completo. Es poseedora de elementos que podrían romper con el colonialismo mental que tanto ha perjudicado nuestras culturas y en los últimos años nuestros recursos naturales. Por ello, como dice Jacques Le Goff, "se debe actuar de modo que la memoria colectiva sirva a la liberación, y no a la servidumbre de los hombres".

Con todas estas ideas en mente se decidió dedicar el presente número de CIENCIAS al conocimiento mesoamericano. Estamos ciertos de que los temas no se agotaron, pero esperamos que el contenido convoque a nuestros lectores a iniciar un acercamiento a estas áreas de estudio.

César Carrillo Trueba